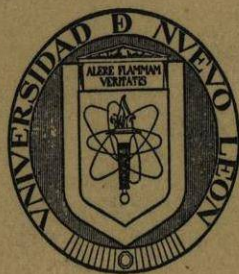


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Año II

Nº 2

1961

Montevideo);¹³ es un movimiento semejante al de los grupos de azorianos que envía la corona de Portugal al Brasil.

La oposición entre el español europeo y el español criollo o americano surgió pronto y tuvo grandes repercusiones en la vida religiosa y en la civil.

La población blanca se mezcló en diversos grados con la india, dando origen a la población mestiza.

En regiones de mano de obra negra hizo su aparición el mulato, y había una población de color emancipada junto a la que permanecía en estado de esclavitud.

Las mezclas en el nivel popular entre las varias razas produjeron la aparición de castas que hacían más compleja aún la composición de la sociedad.

La presencia de sangleyes y tagalos dio un matiz oriental al mestizaje en Filipinas; lo propio ocurre en casos individuales en Hispanoamérica, como resultado de la introducción de inmigrantes por la vía del galeón de Manila.

¹³ Cf. FRANCISCO MORALES PADRÓN, "El desplazamiento a las Indias desde Canarias", *El Museo Canario*, XI, 33-36 (1950), 1-24. "Colonias canarias en Indias", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, 1951, VIII, 399-441.

LA PATRIA LEJANA

Abog. RODOLFO RUZ MENÉNDEZ
Universidad de Yucatán

HAY ALGO DE LA PATRIA, podríamos decir su esencia o su síntesis, que es una realidad viva para todos nosotros y que está siempre presente en nuestras mentes y en nuestros corazones. Pero el detalle, sus aspectos más peculiares que caracterizan algunas de sus regiones distantes, escapa generalmente a nuestra comprensión y constituye esa Patria lejana, confusa, vaga y contradictoria donde nuestro amor filial fallece por falta de adecuada información, ya que, para amar, es preciso conocer primero. Yucatán es quizá el prototipo de esa Patria lejana, cuya verdad es sólo patrimonio de los peninsulares y difusa idea, cargada de conceptos más o menos erróneos, para todos los demás mexicanos.

Vamos pues a tratar, en breves líneas, de que los esfumados perfiles de ese rincón de México se recorten para mostrarnos su realidad.

La península yucateca, dedo pulgar de México que apunta al Norte y se contrapone al índice de la Baja California, ha venido emergiendo del mar desde los más remotos tiempos. Su suelo plano, calcáreo, sin ríos y poblado de monte bajo, allí donde la mano del hombre no ha dejado su fruto, simula un gigantesco espejo que devuelve a lo alto la luz del sol. La tierra del Mayab es una tierra luminosa, de un cielo de intenso azul que contrasta a veces con las nubes blancas que, en caprichosas formas, se desplazan con majestuosa lentitud. La naturaleza la ha dotado de tres encantos: sus playas de arena blanquísima y de tranquilo mar, sus cenotes o grutas escondidos en las profundidades del suelo, por donde corre el agua dulce de las filtraciones pluviales y sus noches, siempre frescas por la proximidad del mar y que, por su transparencia y luminosidad permiten ver las estrellas como si se estuviera en el interior de un maravilloso y gigantesco planetario.

La península entera está sembrada por todas partes de los vestigios de la

esplendorosa civilización maya. Basta abrir un camino para que vuelvan a la luz interesantes piezas de cerámica, idolillos, osamentas de los antiguos pobladores o bien edificaciones enteras de una piedra tan blanca, como sólo se ve en Yucatán, siempre ricamente labrada.

Los mayas se llamaron a sí mismos *Los escogidos* (de ma=no y ya=muchos) y en cierta forma lo justificaron como los griegos entre los pueblos de la Antigüedad. Grandes matemáticos, astrónomos y constructores estupendos pasan hoy día al turista con las ruinas de las que fueron sus ciudades: Chichén Itzá, Uxmal, Kabá, Sayil, Labná, Tulum y tantas otras menos afamadas, por ser poco conocidas debido a su acceso difícil.

Colón en su tercer viaje trabó contacto con los mayas al encontrar una canoa indígena que hacía el comercio con el sur. Unos náufragos, Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, fueron los primeros blancos que llegaron a sus tierras. Las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba, Juan de Grijalva y luego la de Cortés salieron de Cuba y recorrieron las costas de Yucatán en ruta hacia el Imperio fabuloso de los Aztecas. Hernán Cortés derribó los primeros ídolos en Cozumel para plantar la Cruz y recogió al náufrago Gerónimo de Aguilar, que le fuera tan útil por sus informaciones y como intérprete, gracias a que la Malinche hablaba la lengua maya que Aguilar había pacientemente aprendido durante su convivencia con los nativos.

Uno de los capitanes de Cortés, don Francisco de Montejo, auxiliado por su hijo del mismo nombre y por su sobrino, intentó la conquista de Yucatán que logró al fin tras largos años de tanteos y de luchas.

Los falsos indigenistas que achacan a España el crimen de haber destruido la cultura azteca se quedan sin argumentos por lo que a la maya respecta. En efecto, a la llegada de los españoles, la decadencia total del pueblo maya era evidente y sus grandes ciudades se encontraban ya en completa ruina y abandono. Por otra parte, en esta tierra sedimentaria marina, ni el oro, ni la plata, ni las piedras preciosas, pudieron tentar la codicia de los conquistadores.

La ciudad de Mérida, fundada por Montejo el Mozo el 6 de enero de 1542, fue un regalo de Reyes hecho al viejo Mayab por la potente raza nueva que ahora lo poseía. Las formidables ruinas mayas de la antigua Thó o Ixcansihó, asiento de la nueva ciudad, hicieron recordar a los españoles las construcciones romanas de su Mérida y, el nombre evocado, desde luego se impuso a la hora del bautizo.

Los trescientos años de la Colonia transcurrieron lentos y fecundos no obstante la pobreza de la tierra que mal oculta la laja, la roca, a pocos centímetros de la superficie del suelo y donde, apenas si algunos cultivos, como el del maíz y el del algodón, daban escaso sustento a la población, algunas

veces víctima del hambre y de la miseria más espantosa. (El henequén aún no se había convertido en el oro verde, que enriqueció a unos cuantos hacendados y políticos).

Llegaron los franciscanos, levantaron sus conventos y evangelizaron al indio. Vinieron más tarde los jesuitas y fundaron su colegio del que ha derivado, al través de diversas metamorfosis, la actual Universidad de Yucatán engendrada por José Vasconcelos, cuando hacía milagros desde la Secretaría de Educación Pública.

Diego de Landa, Gaspar Antonio Xiu, Cogolludo, Lizama, entre otros, se esforzaron por conservar la historia de la península. Landa, tan discutido, escribió la *Relación de las cosas de Yucatán*, fuente insustituible para el estudio de los mayas, a manera de reparación por el Auto de Fe de Maní que no le perdonan quienes no pueden comprender que, para Landa, era más importante la salvación de las almas de los indios, que todos los tesoros de la historia o de la arqueología convertidos por la ignorancia en objetos de culto idolátrico.

Gobernadores excelentes, como don Lucas de Gálvez, que hizo tanto por Yucatán como el Segundo Conde de Revillagigedo por la Nueva España, o como el Mariscal de Campo don Antonio Figueroa y Silva que batió victoriosamente a los ingleses en Belice, dejaron huella profunda y su memoria es todavía venerada por el pueblo.

La fachada de la Casa de Montejo, de estilo plateresco, la sobria Catedral románica de Mérida, empezada y terminada en el siglo XVI, el monumental convento franciscano de Izamal, las murallas y fuertes de Campeche, así como numerosos edificios eclesiásticos y civiles son muestra del legado material de la Colonia. Una nueva raza, una nueva cultura, un nuevo idioma y una nueva religión constituyen el legado espiritual.

¿Fue la Capitanía General de Yucatán parte integrante de la Nueva España? Mucho se ha dicho al respecto en pro y en contra. No puede negarse que la conquista de la región se hizo con recursos propios y según capitulaciones especiales celebradas con el Rey, quien designaba directamente a la máxima autoridad de la Colonia, ni la dependencia en lo judicial, en un principio, de la Audiencia de Guatemala; pero tampoco puede negarse la posterior sujeción a la Audiencia de la Nueva España, ni la preponderación que iban tomando los Virreyes en los asuntos de la península.

La independencia de Yucatán se realizó en forma pacífica y democrática, cosa verdaderamente rara en nuestros turbulentos pueblos de América. El último Gobernador y Capitán General, don Juan Ma. Echéverry, convocó a las fuerzas vivas del país, en Cabildo abierto, y les propuso estas tres alternativas: seguir sujetos a España, o bien ser libres y constituir una pequeña nación

o unirse a México, que fue la decisión irrevocable adoptada por el pueblo entero de Yucatán. Este bello ejemplo de civismo y de amor patrio no se conmemora nunca y ni siquiera se menciona en los textos de historia para fomentar la unión de todos los mexicanos. En cambio, en muchos de ellos, por no decir en todos, se exhibe a los yucatecos, haciéndolos aparecer como traidores, únicamente porque en 1841 y en 1846 defendieron el Régimen Federal, tan esencial y verdadero para Yucatán cuanto falso y artificioso para otras regiones del país. Entonces la península se separó de México, constituyéndose en República independiente, en tanto volviera a regir el Pacto Federal que todos los mexicanos habían jurado obedecer. La propia bandera del Estado, confeccionada para aquella ocasión, tenía los mismos colores del Pabellón Nacional en distribución diversa: una franja verde vertical, adornada con cinco estrellas blancas y tres franjas horizontales, blanca la de en medio y rojas las de los extremos. De todo esto ha surgido la leyenda denigrante del separatismo y toda suerte de burlas hirientes que dividen y crean rencores.

La guerra de Castas, lucha del indio salvaje contra la civilización blanca, atizada por intereses extraños, estuvo a punto de borrar todo vestigio de cultura, devolviendo a la barbarie la península entera. Poblaciones importantes fueron tomadas y saqueadas y hubo enorme merma de la población hispánica, que constituye precisamente el fermento civilizador. Esta guerra cruel, cuyas consecuencias aún se sufren, se prolongó por más de cincuenta años, aunque con grandes sacrificios se logró rechazar a los rebeldes a las selvas de Quintana Roo, desde el primer lustro de lucha. La habilidad diplomática de don Justo Sierra O'Reilly, padre del ilustre maestro campechano, supo enfrentar los intereses de las dos grandes potencias anglosajonas y salvar a Yucatán de la dominación extranjera y al país entero de quedar aislado de los pueblos hermanos del sur.

El Imperio dejó a Yucatán el recuerdo, un tanto melancólico, de la visita de la Emperatriz Carlota, cuyo retrato conservan todavía con amor algunas antiguas familias. Poco antes, Yucatán había sufrido su primera desmembración al surgir el Estado de Campeche. Más tarde, a principios de siglo, se crearía el Territorio de Quintana Roo dejando al Estado de Yucatán reducido a una mínima extensión dentro de la Península y con las tierras más pobres y más reacias al cultivo. Sin embargo, el desastre económico quedó aplazado de momento, ante la aparición de la industria henequenera, que constituyó la riqueza de Yucatán por casi medio siglo.

Tres grandes figuras simbolizan la presencia del pueblo yucateco en los destinos de la patria durante el siglo XIX: Andrés Quintana Roo, el coronel Crisóstomo Cano y Cano y el jurista Manuel Crescencio Rejón.

Quintana Roo combatió con su pluma y con su talento por la independencia del país. Vicepresidente del Congreso de Chilpancingo, reunido por Morelos, encarna, en cierta medida, el espíritu de libertad anhelada por todos.

Cano y Cano, glorioso defensor de Chapultepec contra el invasor Yankee, ofrendó su vida a la patria para dejar siquiera a salvo el honor de la nación. Poco antes, en Cerro Gordo, había vencido en un encuentro, cuerpo a cuerpo, al teniente Ulises S. Grant.

Rejón, creador del Juicio de Amparo, institución legal netamente mexicana, que supera en su técnica y en sus efectos protectores al famoso *Habeas Corpus* anglosajón, ha puesto en manos de cada ciudadano la mejor arma para defender sus garantías individuales, sentando en el banquillo de los acusados a cualquier autoridad del país que las viole.

La industria del henequén surgió gracias al esfuerzo y al genio creador del pueblo yucateco. La maquinaria indispensable para transformar la penca en fibra dorada y resistente, fue toda de invención local. Las grandes haciendas henequeneras comenzaron a formarse, cada una con su propia planta desfibadora, movida primitivamente a vapor. El monocultivo se impuso con éxito, ya que el agave vive a maravilla sobre la pelada roca y pronto, su verde forma, constituyó el paisaje característico de la vieja tierra del Mayab, iluminado a trechos por el rojo flamboyán, y enmarcado en el recuadro de las albarradas, con la silenciosa figura del indio, vestido de albo traje, moviéndose entre las filas apretadas de pencas, que semejan agudas lanzas que apuntan al cielo. La riqueza afluyó a unas cuantas familias, cuyos hijos se educaban en Europa y que conocían París antes de haber visto la ciudad de México.

Acaba de conmemorarse el cincuentenario de los sangrientos sucesos de Valladolid, Yucatán, que fuera el primer brote de nuestra Revolución Social, aplastado por la dictadura con celeridad de rayo.

Deshecho al fin el régimen decrepito, el oro del Estado, entrado a espuertas por causa de la Gran Guerra, voló rápido hacia la hambrienta loba, que todo lo devora, incluso a sus propios hijos. Se creó el ejido, a costa del latifundio y se pensó que el indio había sido emancipado. Pero el henequén es un cultivo singular: desde que el vástago es trasplantado definitivamente, hasta que pueda cortarse la primera penca, para transformarla en fibra, pasan siete años, durante los cuales es preciso limpiar de yerbas constantemente las hileras interminables, para evitar que perjudiquen a la planta. El tren de raspa representa siempre fuerte inversión y el costo de su mantenimiento es elevado. Esto explica, en parte, los graves problemas planteados por la reforma agraria, que fraccionó las haciendas, pero dejó en manos del antiguo propietario el equipo industrial. Y así el indio ha pasado de la Encomienda a

la tutela del amo y de ésta al anónimo patronato de Henequeneros de Yucatán y luego del Banco Ejidal.

Pronto el henequén dejó de ser patrimonio exclusivo de los peninsulares y su cultivo se extendió al Africa, a Sumatra, al Brasil, donde los salarios son bajísimos y por ende el costo de la producción mínimo. La industria yucateca, manejada por la burocracia, ha tenido que competir en condiciones desfavorables, con las empresas comerciales extranjeras y, al producirse el colapso económico, ha venido la miseria que busca en vano su puerta de escape en la industria cordelera, el turismo, la cría de aves, la apicultura o en alguna otra labor.

Durante siglos la Península vivió aislada y distante por causa de la Geografía y esa ininterrumpida endogamia, combinada con la falta de contactos e intercambios ajenos, ha creado ese clima tan peculiar que la ha convertido en "el país que no se parece a otro".

La fiebre amarilla, endémica en la región hasta principios de siglo, era mortal, casi con seguridad absoluta, para el foráneo, lo que fue barrera formidable contra toda penetración.

Hasta hace muy poco el único medio de comunicación que tuvo Yucatán con el resto del país fue al través de la vía marítima, sujeta a las inclemencias del Golfo. Actualmente el avión sitúa a Mérida a sólo dos horas de la ciudad de México y el ferrocarril y la carretera, hechos ya realidad, simulan venas y arterias gigantescas que traen y llevan la sangre que ha de vivificar a este extenuado miembro.

Generalmente se califica a la Península, llamándola con la ambigua designación de "el sureste de México". Pero muchos, sin duda, quedarán sorprendidos al comprobar en el mapa que Mérida se encuentra situada más al norte que la propia capital de la República. Y, como ésta, habrá otras sorpresas para el mexicano que, con afán de conocer su propia patria, se llegue a la Península y la recorra.

El yucateco es trabajador y exquisitamente amable con el foráneo, pero carece de espíritu gregario y ésta ha sido la mayor de sus debilidades. Pacífico por naturaleza y culto por el estudio, es también limpio en su cuerpo y ordenado en sus costumbres. No hay que olvidar que Yucatán tiene el más bajo índice de criminalidad en la República y que sus campos son tan seguros como sus ciudades.

Puede decirse que todos los habitantes de Yucatán no duermen en cama, sino en elaborada hamaca de hilo inglés, las gentes de posibles, o de mecate o de cáñamo, los humildes. El yucateco ama su hamaca que le da un dulce y fresco sueño y no puede explicarse que, en zonas tan calientes como las de

Veracruz, por ejemplo, sea necesario tenderse sobre un colchón a echar sudor por todos los poros del cuerpo.

Quien contemple desde una altura el panorama de la ciudad de Mérida, quedará pasmado ante el impresionante número de veletas o molinos de aire, veinticinco o treinta mil, que semejan extraordinario y apretado bosque.

La razón de su presencia debe avergonzarnos a todos, porque cada uno de dichos artefactos mecánicos parece decirnos que, en esta región de México civilizada y culta, no hay agua potable y es preciso utilizar para el aseo aguas contaminadas que se extraen de los pozos de cada predio, no muy profundos, porque la ciudad se eleva a sólo ocho metros sobre el nivel del mar. Se bebe agua de lluvia que hay que hervir primero, colectada de las azoteas en aljibes subterráneos o en depósitos metálicos o de mampostería. Y así como no existe agua potable en las poblaciones de la Península, tampoco existe un sistema de cloacas o alcantarillas que recojan las aguas negras, por lo que también cada predio debe tener su sumidero o fosa séptica cuyas filtraciones contaminan el agua de los pozos. La Comisión del Agua Potable de Mérida lucha desesperadamente por solucionar cuanto antes estos dos graves problemas, causa de elevada mortalidad infantil entre los humildes y peligro constante para el viajero no advertido.

El español que se habla en Yucatán ha sufrido una doble influencia por parte de la lengua maya: una en el aspecto semántico y otra en el fonético. Ese hablar pujado que caracteriza al peninsular inculto y que lo hace objeto de burlas, se debe precisamente al influjo de la lengua maya. El hombre de la altiplanicie tiene también su acento, lo mismo que el de la costa, que se come las letras de las palabras.

Mérida, la limpia y la blanca, con sus doscientos mil habitantes, ya no es más la quinta ciudad de la República, ni Yucatán el emporio de riqueza que antes fuera.

Esta Patria lejana que ha producido poetas de fama y hombres egregios por su saber y por su tesón en luchas constantes contra un medio adverso, que creó sus propios ferrocarriles, editó su enciclopedia y que en otro tiempo supiera defender valientemente sus libertades, trata ahora de mantenerse a la altura de su tradición cultural y de conservar la dignidad en medio de su pobreza. La nación debe hacerle llegar su impulso vital, para que se recobre de sus quebrantos y brindarle la comprensión y afecto que cualquier parte de México se merece.